El Viejo Error.

A Jose Juan Tablada.

Cuando conocimos á Pedro de Guevara, era un mozo bastante agradable, muy social y de un regular talento.

Nunca al frecuentar su trato llegamos á imaginar el fin trágico que á su vida estaba reservado en venideros días.

Se hacía simpático, porque las prendas que le adornaban, si bien vulgares, se destacaban muy superiormente en el medio despreciable en que ellas gravitaban.

Tenía modestia natural, y no se consideraba necesario porque sabía perfectamente que la vida de la criatura nunca llega á pesar una dracma en los destinos universales.

Desde que aprendió en la escuela la fábula del elefante y la hormiga, arraigó en su mente la convicción inquebrantable de que nadie es superior á nadie, y nunca pretendió imponerse á

los demás ni por la fuerza, ni por la inteligencia, ni por el valor, ni por la virtud, sosteniendo, con muy moderadas razones, que un coloso puede tropezar con un gigante, un erudito con un sabio, un valeroso con un temerario y un virtuoso con otro, que lo sea infinitamente más.

Encontraba siempre el principio de lo relativo vinculando las más opuestas divergencias de las cosas: no admiraba nada á fuerza de juzgarlo admirable todo: anonadábanle por igual manera las grandezas cósmicas como las insignificancias terrenas. Era altruista sólo por bondad, sin beatitud, practicaba el bien ocultamente, procurando no alcanzar fama de hombre bueno, respetaba todos los dogmas religiosos, porque en su aparente ateísmo había un credo en el que se interesaban todas las sectas, creía que morir es tan natural como nacer, buscar la muerte sin obedecer á un impulso superior á ella le parecía ridículo y tonto, esperarla impasible, sin desprecio ni temor, lo creía soberbio.

Siendo displicente y áspero (sin trasponer las fronteras de las buenas formas) le querían bien las mujeres, quizá porque su atrevimiento en las lides del corazón estaba siempre en sabia armonía con el peso de sus bolsillos; poseyendo oro arriesgábase á las más peligrosas empresas, asaltaba con impasibilidad heróica fortalezas inexpugnables, y vencía frecuentemente, tratando á

las viejas como niñas y á las niñas como viejas.

Cuando estaba pobre descendía rápidamente el termómetro de sus entusiasmos, y como sus idealidades ó ambiciones eran susceptibles de maravillosa elasticidad, contentábase con triunfos fáciles, porque como es de suponer por lo ya dicho, era de esos feroces razonadores que prefieren algo á nada, y una victoria sin lauros á un desastre con ellos.

El dinero hacía las grandes metamorfosis en sus costumbres.

Cuando frotaba en sus manos un buen puñado de metal acuñado, acicalábase cuidadosamente, hablaba recio, ensayaba grotescas posturas ante el espejo y corría por las calles monologando alegremente:

—Puedo gastar, luego soy rico, veinticuatro horas, diez, dos ó una, no importa eso, mañana amaneceré sin un centavo, pero hoy no soy inferior á ningún potentado: iré al baile de máscaras, comeré una langosta en la fonda de Recamier ó el café de París, luego me dejaré arrastrar por cualquier coche de alquiler, haciéndome la ilusión de que es un regio cupé Dorsay con asiento trasero é inmóviles lacayos.... aprovecharé mi tiempo.

Y aquel desdichado, que vivía de un empleillo de segundo orden, almorzaba en el restaurant más elegante, bebía champagne, jugaba, y apa-

recía en una butaca de la ópera con la majestad de un secretario de embajada.

En aquellas crisis, no era extraño que el Pedro de Guevara que vísteis ayer repantigado en el landó, sonriendo con opulenta estupidez al lado de una belleza difícil, fuera el mismo que en la noche trepaba las empinadas escalerillas que conducen á las galerías del teatro por horas, para oír maullar á la Soler, acompañado de la obrerilla pispireta, ni más ni menos que un hortera de ínfima calaña.....

En sociedad era muy distinguido.

Nunca se manifestó refractario ni entusiasta á la coyunda matrimonial, y cuando algún camarada de las primeras calaveradas le anunciaba su matrimonio, se contentaba con desearle, con la mejor buena fe del mundo, paz octaviana y numerosa y masculina sucesión.

Eso no obstante, el día en que se despidió de la goma, anunciando en preciosas esquelas su enlace con la señorita Loulie Parkes, los viejos compinches se escandalizaron.

¿Por qué?

Simplemente porque Pedro de Guevara, á pesar de lo ampuloso de su apellido, era pobre, pobre como un sopista, y su futura compañera la hija de un millonario, de uno de esos ingleses de narices coloradas, guantes amarillos y bastones horribles, que nos llegan á México triturando el

español y se nos van cargados de libras esterlinas.....

Abundaron bromas ultrajantes, hubo epigramas sangrientos aguzados por la envidia, la dignidad del mancebo quedó como no murmuraran dueñas, y en cuanto á la que le aceptó, era una pazguata que ni el manicomio merecía.

Loulie Parkes amaba á Pedro de Guevara?

He ahí un problema.

Porque sir John Gordon Parkes, á pesar de sus narices y de sus biceps robustecidos en todos los sports usuales en su poderosa isla, se había casado en Nápoles con una milanesa algo vieja, que en sus mejores días había hecho las delicias y las aventuras donjuanescas del teatro de la Scala.

Fruto de aquel ayuntamiento fué la blonda Loulie.

Lo cual quiere decir que por sus venas corrían mezcladas, en iguales partes, la sangre latina y la sajona.

Nosotros creemos que la solterita amaba á su adorador, porque sin vacilación alguna, al ser solicitada, le ofreció su linda mano, suponemos también que le quería á su modo, todo lo que estimarle podría una beldad que en el piano era una potencia, en la mesa un trapista, en la calle un figurín y en la vida doméstica una plaga más terrible que las que al Egipto asolaron.

El joven poseía virtudes de buena cepa, era caballeroso y leal, pero esas prendas, que hubiesen constituido el ideal de una mujer de talento, no fueron ni con mucho el talismán que sedujo á la heredera.

Pedro agradó á Loulie porque anudaba la mariposa de su corbata con elegancia incomparable, porque había observado ella en su manera de vestir, una originalidad sobria y distinguida, y también porque sabía de muchas fuentes verídicas que Coblentz le proveía de guantes, que en los talleres de Chaveau confeccionaban sus levitones y que muchas mujeres de la vida alegre y de la triste se pirraban por él.

Eso es simple y ridículo si se quiere, pero.... á quién echar la culpa de que las más reñidas batallas de amor las ganen frecuentemente un bigote, una sortija, un sastre y un peluquero.....?

Referimos un caso vulgar.

Loulie Parkes merece muy grandes indulgencias porque no es Lucrecia ni Cornelia, ni Artemisa, sino una mujer del día que permite á la moda ensayar en su cuerpo las mayores extravagancias, tiene abono en frontones, hipódromos y teatros, caballos ingleses en la cuadra, crisanthemos en el invernáculo, admiradores en el estrado y una gran dosis de fastidio en el alma, el hastío enervante de las niñas frívolas, el engendrador de la clorosis y los noviazgos insípidos, el

torcedor sempiterno de las señoritas ricas, cuya principal ocupación consiste en no tener ninguna.....

Al obscurecer de un ventoso día de Febrero, Loulie, recargando sus elegantes brazos en la baranda del balcón, ensimismábase en una de esas meditaciones que frecuentemente se acoplan á la limitada imaginación de las hembras de su porte.

No veía el astro rubio fundiendo sus postreras lumbres en un crespón de nubes, que colorándose en todas las tintas se disolvían en suavísimas esfumaciones sobre el fondo violáceo del espacio, ni los primeros parpadeos de Aldebarán y el Serpentario, ni las hojas del jardín doradas por los últimos pincelazos de la luz, ni el espejo ensangrentado de la fuente ó los pájaros que murmurando se acurrucaban en los nidos.

Pensaba que la vida aristocrática es chocante en un país donde la palabra aristocracia carece de etimología, que algunas veces escasean los placeres y no hay saraos ni campestres caravanas, ni siquiera una hecatombe ferrocarrilera que sirva de pretexto á una fiesta de caridad, en la que á nombre de los desvalidos se pueda reír un poco, exhibiendo el último vestido.

Buscó el diario noticiero, esperando un minuto de distracción, y nada! ni una croniquilla escandalosa velando en las iniciales nombres conocidos, ni un lance de honor entre hombres que

nunca tuvieron honra, ni una riña á tiros en la Maison Dorée ó el Peñón Turf Exchange, nada! ni siquiera un sátiro que estupre á una niña de nueve años ó un mamón de veinte meses que asesine á sus papás....

Loulie Parkes se exasperaba, cerraba los puños, poseída de una rabieta muy cómica, y como el tirano deseaba que Roma tuviese una sóla cabeza para cortarla, ella quisiera que el mundo fuera el ramillete prendido á su seno palpitante, ah! entonces lo desmoronaría en los dedos como á esas pobres rosas que en su arrebato deshojaba.

Entró Pedro de Guevara esmirriado, zancajeando, bastón de caña en la cubierta mano, monóculo en el ojo, y pomada hasta chorrear, en la cabeza prematuramente calva y ornada ya de argénteas hebras: muy distinguido.

La damisela lo consideró un instante: soberbio: decididamente era un tipo: bonitas patillas, la levita irreprochable, espejeante el disco adherida á la cuenca de sú izquierda pupila, aplanchada y bombacho el pantalón, insinuante la sonrisa, no tenía remedio, ese caballerito valía más que los otros que ella conocía.

Loulie Parkes estaba elegre.

Y para halagar á su amigo tradujo una frase muy inglesa:

—Está usted muy Brummel

El no dijo nada; buscando un mueble bajo, tomó con las puntas de los dedos las de su redingot, metiólas entre sus piernas que á la vez cruzaba de tal modo que descubriesen la media, y modulando la voz como un comediante, habló tres palabras de arte, cuatro sílabas de política y unas cuantas interjecciones admirativas de toros ó pelotas.

Loulie Parkes, sugestionada por la discreción de su visitante, ó asaltada por súbito capricho, que eso á punto fijo no lo sabemos, dirigió la plática, con habilidad femenina, á un terreno que acabó por colocar al joven á sus pies, jurándola amor como un mentecato.

Ese fué el origen de la proyectada unión.

El casamiento estuvo fastuoso: celebróse en un templo elegante y fué un derrochamiento de lujo, un certamen de hermosuras y tocados, una verdadera feria de las vanidades....

Acabada la ceremonia, los novios, después de ofrecer una flor de azahar ás us amigos íntimos y oír las felicitaciones de ordenanza, subieron dichosos al carruaje que esperaba en el atrio de la iglesia.

Condújolos el vehículo á una estación ferrocarrilera.

Trasladáronse al instante al Pullman Car.

Sonó un pitazo disuelto en cauda de humo, y el caballo del siglo echó á correr.

Un tren que se va, parece un pájaro que vuela; huye rápido como zaeta que lanzó el arco de hábil tirador, deja en el aire una estela blanquecina avanza mucho, hace gemir las paralelas encorvadas destacándose ante el ojo del observador lo mismo que una gran pipa humeante, luego, empequeñece gradualmente, hasta quedar reducido á un punto negro y desaparecer en los tramontanos horizontes....

Cuando regresaron los desposados nadie los conocía.

Loulie gastaba un lujo de princesa rusa, suh ermosura hubiera causado envidias á las amadriadas; todos admiraban la ventura de Pedro, ese dichoso que era poseedor legítimo de una mujer admirable, dueño legítimo de una fortuna fabulosa y padre legítimo de un niño como un querubín: decididamente tenía buena fortuna!

Y sin embargo, la aparente felicidad del matrimonio era como el telón que discretamente ocultaba el escenario donde iba á representarse muy pronto una tragedia que daría pasto á la murmuración social.

Su ventura era sólo una urdimbre de apariencias.

Estaba triste y arrepentido de aquella locura que en un instante de ireflexión aherrojó su existencia á una voluntad robustecida con los derechos insolentes del que paga.

Los esposos escondían bajo el velo de las más alambicadas ceremonias un odio mutuo é intenso, enconado y cruel, cobarde y brutal, artero y vil, comprendían que al juntarse habían cometido una equivocación que había de pesarles todo el tiempo que la vida les durase. Loulie aborrecía á Pedro porque instintivamente adivinó la gran superioridad moral que sobre ella tenía; él, por su parte, la encontraba demasiado rica, reconocía que, al casarse, hizo la más sangrienta y cobarde inmolación de su libertad, que la dote que ella aportó á la sociedad conyugal era un título, una fuerza, una pragmática de que usaría para imponerle sus antojos, obligándole por la violencia á transigir con hábitos que él detestaba.

¡Pobre incauto!

Al cambiar de vida, al trocar su pobreza alegre y su buhardilla de soltero por una riqueza metafísica y unas comodidades burguesas, soñó con las dulzuras del hogar, los amores castos de la esposa y los besos de los hijos, y tenía un pequeñuelo que su mujer no amamantaba por miedo de perder la belleza, un niño que enfermaba en brazos de las niñeras y seguramente moriría, mientras la madre pensaba en futilezas y apasionada del boato y ostentaciones triviales, derrochaba dinero á manos llenas, abriendo una brecha irreparable al capital!

Apareció muy luego la pobreza, y tras de ella la miseria disimulada de las grandes casas. Pedro de Guevara, sonreía indefiniblemente ante el naufragio de los tesoros que había codiciado sin gozar jamás, y lloraba con inmensa amargura, pensando en su honra escarnecida, su verdadera ruina, la de los sentimientos y la dignidad, que es mucho más triste y dolorosa que la del dinero.....!

Un pinche de sus cocinas, un alcahuete despreciable, se lo dijo todo en un momento de embriaguez alcohólica: Loulie tenía un amante.

Hubo un proceso de divorcio que divirtió por espacio de dos semanas á una sociedad ávida de emociones de índole malsana, los litigantes promovieron por medio de sus apoderados jurídicos innúmeras y chocantes diligencias, y después de muchos discursos ampulosos y protestas ridículas, fallaron los Magistrados del Tribunal Superior á favor de la adúltera, quedando á su lado, en virtud de esa resolución, el fruto único del atrabiliario matrimonio.

El dolor del esposo fué muy grande.

Se alejó de aquel hogar donde nunca fué feliz, sin despedirse de su cónyuge ni besar siquiera al hijo á quien con locura amaba.

Como un recuerdo del pequeño, llevóse consigo un juguete que el niño estimaba en mucho: era un polichinela con jorobas pectorales, narices embadurnadas de rojo y hocico contraído por un gesto de payaso.

Dos meses después....

Pedro de Guevara apareció muerto en un cuarto de hotel.

Tenía el cráneo perforado por un balazo aplicado á la sien izquierda.

En sus brazos, rígidos ya, estrechaba convulsivamente al polichinela de jorobas pectorales, narices embadurnadas de rojo y hocico contraído por un gesto de payaso....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO